

Un chance para la paz

Frente a la escalada de protestas y violencia que se ha apoderado de Venezuela no podemos ser indiferentes. Respetuosos de otras maneras de ver las cosas, apuntamos algunos elementos desde nuestra óptica para entender y abordar esta situación que nos reta.

Un cúmulo de problemas irresueltos de larga data y un ejercicio del poder que no ha abierto espacios para un acuerdo nacional sobre la agenda de cambios necesarios, nos están llevando a caminos peligrosos. La polarización del debate ya no se resume al enfrentamiento verbal. Hemos sido desgarrados por muertos y heridos de diferentes bandos, todos nos duelen por igual, son ciudadanos de nuestro país que se les ha arrancado la vida o han sido agredidos. Y lo más dramático es que a los eventos sangrientos de los sucesos de abril del 2002, a la crónica macabra de los muertos de cada semana por la inseguridad reinante, se suman ahora las víctimas de la violencia política que amenaza con extenderse, si no se impone la construcción de una salida negociada a presente crisis política. Darle largas a este asunto puede significar que tengamos que acordarnos tras una mayor fractura de la sociedad venezolana, lo cual hará aún más difícil el acometer las tareas colectivas que tenemos pendientes.

El mar de fondo de la crisis que está atravesando la sociedad venezolana no es reciente, se remonta al menos a las dos últimas décadas que han significado un deterioro constante de las condiciones de vida de los sectores populares y medios de la población, al desgaste de los mecanismos del sistema político para servir como canal de agregación de intereses de los distintos estamentos sociales, a la falta de un camino económico y social capaz de conjugar competitividad y equidad.

El remesón de la vida política y social que condujo a un nuevo gobierno en 1999, que reavivó las esperanzas de la renovación de todo el tinglado institucional para responder a las viejas y nuevas demandas económicas, sociales y políticas, respetando las reglas de la democracia, y que significó una reactivación del debate político en todos los sectores, ha conducido tempranamente en un nuevo impasse. Según nuestra óptica, ha crecido la percepción en segmentos cada vez más amplios de la población de la perpetuación de los viejos vicios, ahora bajo el ropaje de nuevos rostros, la profundización de las deficiencias institucionales, la inexistencia de contrapesos entre los distintos poderes públicos, la provisionalidad e incertidumbre sin término de las reglas de juego. Se puede palpar una resistencia creciente de distintos sectores frente a lo que se percibe como un intento de imponer una determinada orientación de las políticas públicas sin el necesario debate y acuerdo de factores fundamentales de la vida nacional, poniendo en peligro derechos democráticos conquistados a lo largo de décadas, incluso los consagrados en la nueva Constitución de la República.

En el fondo de todo debate político están distintos intereses en juego, lo engañoso es pensar que uno u otro sector encarna el monopolio de algunos de ellos, los variados intereses y orientaciones atraviesan todo el tejido social y político, nadie puede pretender en una sociedad democrática erigirse en propietario de

la verdad, ni mucho menos intentar imponer a la fuerza su punto de vista. Las reglas de la democracia obligan al acuerdo y la concertación entre diferentes intereses, sin olvidar que la opinión mayoritaria no está congelada en el tiempo, es cambiante a la luz del debate público y el desempeño de los gobernantes y de otros sectores sociopolíticos, y por eso mismo los ciudadanos no les entregan un cheque en blanco, ni a los poderes públicos, ni a otros actores de la vida social, los evalúan, los apoyan o los critican y rechazan al ritmo de los acontecimientos que modifican adhesiones y rechazos.

Aún cuando el análisis sobre la situación venezolana es controversial y permite diferentes interpretaciones, si algo tiene que estar claro para todos, independientemente de su ubicación en el espectro político, es que los problemas que afrontamos deben ser resueltos mediante métodos democráticos. No es aceptable, ni para el gobierno, ni para quienes se oponen a él, hacer uso de métodos coercitivos y violentos para hacer prevalecer sus opiniones e intereses. Las enseñanzas de la historia de los regímenes autoritarios de distinto signo nos recuerdan el enorme costo social y económico que ha significado la pretensión de imponer a las sociedades una visión unilateral sin respetar la diversidad.

Se han desatado (y hasta estimulado) los fantasmas de la confrontación y la intolerancia en la sociedad venezolana, en muchos casos de forma violenta. Hay que conjurar estas amenazas a la convivencia democrática, vengan de donde vengan, hay que detenerlas antes que sea demasiado tarde para frenar una secuencia de ataques y contraataques que nos arrastre a una espiral de violencia de consecuencias impredecibles.

Hay que darle una oportunidad a la paz, todavía estamos a tiempo. Los venezolanos de todas las corrientes de opinión tenemos que ayudar para hacer posible una salida a la crisis de gobernabilidad en la que estamos inmersos. Sería una insensatez que pretendamos que este conflicto que nos enfrenta no pueda ser resuelto por medios pacíficos y democráticos. No se puede evadir el reclamo de esclarecer la verdad y aplicar justicia frente a las víctimas, pero tan importante como ello es evitar que se produzca nuevas agresiones a los derechos humanos y que se produzca una escalada de violencia que cierre las rutas para el reencuentro y la reconciliación nacional.

Darle una oportunidad a la paz requiere atender los problemas de fondo que han producido este clima turbulento, ello no se resume a los de la deuda social y económica, también tiene que ver con la restitución de una atmósfera de debate democrático, respeto por las diferentes posiciones e intereses en juego, buscando un acuerdo concertado para darle una salida constructiva y democrática a esta encrucijada donde quepamos todos. Sólo en paz podremos construir el destino colectivo que es una responsabilidad colectiva, nadie es propietario de ese camino, lo tenemos que construir con un concurso de voluntades, pero en paz y democracia. Toda otra ruta es una calle ciega.

Alberto Lovera